

## Desmontando al mito

***El físico afable y humilde también tuvo una hija ilegítima, un matrimonio fracasado, demostró desdén hacia las personas que le rodeaban y solo amó una cosa en su vida: la ciencia.***

"Si todo el mundo viviese una vida como la mía no habría necesidad de novelas", le dijo Albert Einstein a su hermana Maja cuando no era más que un joven de 20 años que acababa de solicitar la nacionalidad suiza. El problema es que una buena parte de esa vida fue ocultada al público y a los historiadores de la ciencia por sus representantes legales. Así, cuando su hijo Hans Albert murió de un ataque al corazón en 1973, muchos de los secretos de su padre reposaban en el interior de una caja de zapatos en la cocina de su casa en Berkeley: la correspondencia familiar desde finales del siglo XIX. La colección era tan delicada que los albaceas de la herencia del físico, que tenían el control legal sobre la publicación de sus palabras, fueron a juicio para impedir que Hans Albert publicase parte de ellas tras la muerte de su padre. No es extraño que los **guardianes de la reputación del sabio**, su **secretaria Helen Dukas** y el **economista Otto Nathan**, recibiesen el apelativo de "los sacerdotes de Einstein". ¿Qué podía ocultarse en las cartas y escritos del hombre del siglo de la revista *Time*?



Tras la muerte del sabio, su secretaria Helen Dukas se convirtió en defensora a ultranza de su reputación, de forma que ningún hecho de su vida que pudiera empañarla trasluciera al exterior. Mantuvo la imagen idealizada del físico y no permitió que ningún historiador tuviera acceso al verdadero Einstein.

Einstein se definía como un hombre **solitario**, un *Einspanner* (un coche tirado por un único caballo), y así se debe entender su vida. Bertrand Russell lo describió como alguien a quien los asuntos personales no ocuparon gran cosa en su mente. Su imagen de genio excéntrico y comprometido con la humanidad le convirtió en, como el propio Einstein bromeaba, un santo judío. Sin embargo, fue un hombre cuyas **palabras en público se contradecían con sus hechos en privado**, fue un hombre "cuya combinación de visión intelectual y miopía emocional dejó detrás de sí una serie de vidas dañadas".

La primera de ellas fue la de Marie Winteler, la hermosa hija del matrimonio que acogió al dieciseisero Einstein en Aarau cuando se preparaba para el ingreso en el Politécnico de Zúrich. Marie era dos años mayor que él y ambos se enamoraron profundamente, como los dos adolescentes que eran. Su estancia allí fue uno de los periodos más felices de su vida. Pero al terminar el instituto y marchar al Politécnico en 1896 las cosas cambiaron. Einstein sugirió, sin previo aviso, que debían dejar de escribirse. Es más, y según se desprende de las cartas de Marie, Albert pareció acusarla de querer acabar con su relación al irse de maestra a Olsberg, al noroeste de Aarau y más lejos de Zúrich, donde se iba él. Pero eso no le impedía enviar la ropa sucia a Marie para que se la lavara. La relación continuó, más por empeño de Marie que de Albert, quien había posado sus ojos en una compañera de clase, Mileva Maric. No está muy claro cuándo dio por

terminada su relación con Marie -simplemente, dejó de escribirla-, pero en las vacaciones de primavera de su primer año en Zúrich marchó a ver a su familia a Pavía en lugar de esperar a que Marie se reuniese con él tal y como había planeado durante el invierno. La ruptura sumió a Marie en una profunda depresión de la que tardó bastantes años en salir. Cuando se casó, Einstein dijo a su amigo Besso que eso ponía fin a uno de los peores puntos negros de su vida.

Mientras, todo el interés del joven Einstein estaba dirigido a la serbia y coja Mileva. Y es que a Einstein **siempre le gustó la compañía de las mujeres**, aunque nunca estuvieron por encima de su pasión por la ciencia. Marie, consciente de su inferioridad intelectual respecto a Albert, temía ser poca cosa para él y que debido a eso perdiera interés por ella. Eso no sucedía con Mileva. Acostumbrado a las conversaciones burguesas y casi frívolas de las mujeres a las que había dedicado sus atenciones, Einstein quedó fascinado por ésta. Y mientras Marie le escribía desde Olsberg, Albert iba a conciertos con Mileva.

En 1900, el año del examen de licenciatura, la Sección VI A, de Física y Matemáticas, del Politécnico de Zúrich tenía 5 alumnos: Marcel Grossmann, el vástago de una rica familia que estuvo a su lado en los tiempos de penuria y quien, a través de su padre, le consiguió el trabajo en la Oficina de Patentes; Jakob Ehrat, a menudo compañero de pupitre de Einstein y a cuya madre iba a visitar siempre que se sentía sólo; Louis Kollros, quien sacaría la mayor puntuación en el decisivo examen final; y la serbia de ojos oscuros y bonita voz Mileva, de 21 años.

Su relación fue creciendo lentamente durante los 4 años de estudios en el Politécnico. Einstein la veía como su camarada intelectual y para la fecha del examen la amistad se había convertido en romance. El ya ciudadano suizo quedó el cuarto (4,91 sobre 6) y **Mileva no aprobó**, algo que la deprimió profundamente. Pero el amor entre ellos iba a enfrentarse a un gran reto: la madre de Einstein. Cuando vio que esta relación era algo más que uno de sus clásicos flirteos, se enfadó muchísimo. Como buena alemana, Pauline creía que los serbios eran de una clase inferior. Y no sólo eso: "Ella es un libro, igual que tú (...). Pero tú deberías tener una mujer. Cuando tengas 30 años, ella será una vieja bruja".

En enero de 1902 sucedió un "incidente" que iba a marcar profundamente su relación y del cual nada se supo hasta 1987: **Mileva dio a luz a una hija**, Lieserl. La actitud de Einstein, que se encontraba trabajando como profesor en Schaffhausen mientras que Mileva permanecía en Zúrich, es llamativa. Durante el embarazo sus cartas revelan a un padre expectante y entusiasmado. Sin embargo, tras el nacimiento de Lieserl, adoptó una **actitud distante y fría**. No la volvió a mencionar en sus cartas y **jamás fue a verla**. Después de un pacto de silencio, ninguno volvería a escribir sobre ella. La hija ilegítima de Einstein desaparece de la historia dos semanas después de su nacimiento y jamás ha vuelto a saberse nada de ella.

La relación entre ambos se resintió y Mileva no volvió a ser la misma. A ello habría que añadir que por segunda vez suspendió el examen de licenciatura. A pesar de todo, **se casaron** el 6 de enero de 1903. Einstein, ya en la Oficina de Patentes, se volcó en su trabajo y la pericia científica de Mileva le convirtió en "su colega". ¿Pudo esto, a la larga,

afectar a su matrimonio? Años después confesaba: "Muy pocas mujeres son creativas. No enviaría a mi hija a estudiar Física. Estoy contento de que mi (segunda) mujer no sepa nada de ciencia". Para Einstein, **la ciencia hacía a las mujeres agrias**. Quizá por ello dijera de Marie Curie: "nunca ha escuchado cantar a los pájaros".

Con el paso de los años, el matrimonio fue enrareciéndose. En mayo de 1912 la discordia ya era obvia. Para entonces Einstein había retomado su relación con **su prima Elsa, la que sería su segunda mujer** -el primer mensaje que Einstein le mandó el 30 de abril era una nerviosa declaración de amor-. Su papel en la desintegración del matrimonio no está claro debido al natural secretismo con que Einstein envolvió su vida. Lo cierto es que la evolución del matrimonio Einstein-Mileva desde ese año hasta su divorcio en 1919, justo el año en que el físico se convirtió en una figura reverenciada a nivel mundial, fue el clásico: distanciamiento, peleas, falta de relación... incluso **llegó a pegarla**.

Sus hijos, Hans Albert y Eduard, sufrieron la separación y fueron usados como arma arrojadiza. La relación que tuvo con ellos fue irregular: sí **ejerció de padre, pero la ciencia siempre estuvo por encima**. Un momento crítico sucedió al sufrir Eduard un colapso mental. Mileva y Hans Albert le pidieron que regresara a Suiza para ayudarlo. Einstein les contestó que prefería quedarse en Berlín, donde entonces era profesor. Primero, porque creía que allí podía hacer un buen trabajo científico; segundo, porque estaba convencido de que Mileva había envenenado a sus hijos contra él. Eduard, esquizofrénico, terminó sus días en una institución mental de Suiza.

Einstein se divorciaba el 14 de febrero de 1919 y se casaba con Elsa el 2 de junio. Su segunda mujer fue la pareja que necesitaba: cuidaba de él tan amorosamente como podría hacerlo una madre. Einstein, convertido en una figura legendaria, se dedicaba a su verdadero amor: la ciencia. Claro que no descuidó a las mujeres. Muchos estudiosos piensan que fueron, casi sin excepción, relaciones puramente platónicas pero lo suficientemente intensas como para que sus dos mujeres tuvieran celos. Hasta el punto de que a Elsa, enfrentada al secreto a voces de la relación entre su marido y Margarete Lebach, una joven rubia austriaca, sus hijas le aconsejaron separarse.

Poco a poco Einstein fue expresando cínicos comentarios acerca del matrimonio: "Tuvo que ser inventado por un cerdo sin imaginación, esclavitud en un envoltorio cultural...". Algunos le han acusado de misoginia, pero su actitud hacia las mujeres fue la misma que hacia los hombres: a todos trató con distante cortesía y amabilidad. Einstein fue un hombre preocupado por la humanidad, pero indiferente con los seres humanos concretos, a quienes valoraba únicamente por su capacidad intelectual (por eso Elsa siempre se sintió inferior).

El éxito de sus teorías le convirtió en leyenda, incluso entre sus propios colegas. El gran físico Wolfgang Pauli, un hombre que no se caracterizaba precisamente por ser respetuoso, trataba a Einstein de manera diferente al resto. Fue reverenciado como un dios, aunque él mismo era esencialmente modesto y amable. "Yo hablo de la misma manera con todo el mundo, ya sea basurero o rector de universidad". Claro que también tenía su ego. Una vez, Einstein envió un artículo a la revista *Physical Review*. El editor tuvo la osadía de hacer lo que siempre se hace en las publicaciones científicas: enviarlo

a otros científicos para que lo revisaran y esperar su juicio sobre si era de la calidad suficiente como para publicarlo. Esto no le gustó nada: nunca más volvió a enviar sus trabajos a esa revista.